

LUZ DE LA POESÍA PARA LA ÚLTIMA MIRADA

José Luis Vaquero Puerta

Discurso en la Asociación de Médicos Escritores y Artistas.

Madrid, 25 de febrero de 1999.

Los muertos nunca defraudan. De los vivos nos gustaría decir otro tanto, pero no se puede asegurar.

Haciendo cuentas sumarían diez los años que puestos de corrido llevo recluido entre las paredes de los hospitales. La razón no reside en haberme hecho su permanente inquilino bajo la condición de enfermo incurable, sino en estar empleado de tales lugares como médico, e, incluso ya andar en ellos cuando aspiraba a serlo. Ocasión he tenido de desempeñar allí diversos cometidos. Desde hacer guardias, un tanto solitarias, recibiendo en las horas más desabridas imprevistos infortunios, hasta asumir el mandato total de su compleja e inquietante organización. Y entre tan distantes tareas, la mayor parte del tiempo ocupando niveles intermedios del escalafón profesional, por los que tengo no menor estima. Así que por fuerza he vivido en los hospitales momentos de toda clase, buenos y malos. Pero entre los malos, ninguno tan amargo como los que tuve que pasar acompañando la agonía de seres queridos que allí acabaron despidiendo a la vida. No todos los que definitivamente se fueron hicieron esa escala, y pienso que si de todas las formas les había llegado el momento, fueron más afortunados estos que eludieron o al menos abreviaron el recalar en esa que suele ser la última estación, un hospital. No obstante, se considera un extraordinario avance de nuestra tecnológica civilización el poderse acoger allí para apurar toda forma de aferrarse a la vida, y, a veces, de paso ahorrarse en el círculo de los más allegados los enojos y la espantable visión de un desagradable declinar. Ciertamente que es progreso verdadero para los que así salen con bien del trance, pero también en ellos a expensas de no escasa carga de incertidumbre, agobio e incomodidad. Por mucho que se conozca el hospital, solo poniéndose en el lugar de familiares y amigos enfermos se adquiere plena conciencia del lastre de miserias y penas que cercan a quien le amenaza la muerte, la mayoría de ellas al margen de la práctica médica, aunque también se llega a percibir la futilidad, a veces la agresión, de los aparentemente maravillosos recursos de ésta. Es desoladora la situación del moribundo: engañado con tapujos sobre su estado; en las peores condiciones para decidir serenamente sobre sí; acosado con tratamientos, puede que eficaces, pero nunca placenteros, y limitado al reducido espacio de su cama, para colmo además queda a expensas de horarios cuarteleros sobre su manutención y a inclementes disciplinas sobre su aseo. Se siente

mermado en su dignidad y violentado en su intimidad cuando, por ejemplo, hasta sus más íntimas necesidades se han de solventar ante desconocidos compañeros de cuarto. No obstante, mucho hemos mejorado. En nuestro medio ya pasaron a la historia las añejas estampas de salas hospitalarias en las que compartían un mismo lecho varios enfermos, e, incluso, algún muerto cuyo frío cuerpo tardaba en retirarse. Las ratas trepaban hasta los postrados, y entre todos compartían chinches, pulgas y piojos. Aquí y ahora, ésto ya no ocurre. Se dispone de lechos para todos, aunque no es raro que falte sitio donde ponerles y algunos queden, con su paciente dentro, aparcados por los pasillos o atravesados en habitaciones cerrando el acceso a las otras camas también ocupadas. Algunas mejoras son notables. No falta hospital que ofrece entretenimiento a los enfermos menos graves y a su cortejo de acompañantes, en forma de televisión que por fuerza han de escuchar otros pacientes de la misma habitación, por mucho que anden más necesitados de descanso que de otra cosa. No alcanza el invento a finezas como imponer el uso de auriculares personales a quien quiera recrearse sin molestar a los demás. Miren por dónde, la televisión, inclusive con sus programas mostrencos, nos han de perseguir hasta el fin de nuestros días.

Este panorama forzoso es que tiña a la muerte de la mayor tribulación, a añadir al duelo por la previsible pérdida y a la penosidad natural de la mayoría de las enfermedades y lesiones terminales. Esas no son formas de morir. Lo dice **Victoriano Crémer** en el poema "¿Así que cuando morimos descansamos?":

*No es forma de morir, ni lugar adecuado:
Un hospital es siempre un moridero esquivo
para los grandes héroes de la sangre y el viento.
En sus salas de hules y hierros esmaltados
acaban los soldados sin nombre y sin bandera...*

Pero hoy día ni siquiera quienes tienen el hálito de la grandeza pueden evitar tan lamentable escenario final. Esos versos iban dirigidos nada menos que al singular Salvador Dalí, y concluyen con que:

*Y acabaste, Oh Dalí!, genio impune, cegándote
los caminos del aire, por una insuficiencia
respiratoria, un poco de neumonía tonta,
como mueren los míseros vendedores de la nada
y los furiosos dueños de telar y mercado,
sin relojes ni cúpulas. Sin Ledas ni amazonas,
en un hospital de pueblo...*

Todo un sarcasmo, que se atenúa con esta entrañable apostilla final:

...como murió mi padre.

Si bien todos nos encontramos ante la expectativa de acabar así, por otra parte esto mismo constituye la oportunidad de agotar a toda costa todos los recursos para mantener la vida. Delicias de un mundo feliz. El hospital se ha convertido en el sitio que concentra todos los prodigios en manos de la medicina. Allí se espera de ésta y para cada persona una permanente solución, en la que la muerte se estima como un fracaso. De suerte que como todos morimos, habrá que apuntar al menos tantos fracasos como individuos. La medicina se alimenta de la ciencia, y sobre la ciencia, cuando no estaba tan extendida, advertía "El libro del Eclesiastés": *apliqué mi mente en discernir sabiduría y ciencia, locura y necedad; y he comprendido que también esto es esfuerzo vano, pues con la abundancia de sabiduría, abunda el disgusto, y quien añade ciencia, añade dolor. ¿Sería por exceso o por poquedad de la ciencia?.*

Ante este decorado físico y las, a veces, pavorosas maniobras del tenaz asimiento a la vida, quiero mostrar otras visiones más apacibles sobre la conclusión de ésta, que son las de los poetas. Evanescentes, y puede que muchas de ellas irreales, pero consoladoras en mayor grado. Son también las claves más desatendidas, pero que al médico no le vendría mal tener en cuenta para cuando se le han agotado las panaceas y aún sostiene ante sí la fija mirada de quien va a fenecer. Interpretan los filósofos que solo los seres humanos tienen percepción de la muerte, al reflexionar como espectadores

sobre la muerte de los demás. Como desde que el hombre puebla la tierra muere, de ahí deducen los que aún viven que ellos también morirán. Esta apreciación es lo que infunde especial trascendencia a la propia vida. Sin embargo, de la muerte nadie puede hablar por experiencia directa. Como potencial vivencia se habla por medio de supuestos simbólicos, y por ello es objeto primordial de la poesía. Escribe **Andrés Trapiello** en "El salón de los pasos perdidos. 2. El gato encerrado": *Aprendemos de los poetas. Nos enseñan a mirar el pasado sin que temblemos por ello...En la vida de un hombre hay, sin embargo, un segundo supremo que se escapa al pasado: su propia muerte, aquéllo que puede ser contado por todos menos por su protagonista. Es el único segundo de futuro que a un poeta le interesa...Por eso la muerte, la idea de la muerte nos hace tanto daño. Siendo lo único verdaderamente nuestro, puesto que no podemos ni transferirla ni aplazarla, no nos pertenece. Las cosas pertenecen a quien puede contarlas. Un poeta, se ha dicho, tiene el don de conocer el mundo, el don de la palabra, pero no el don de la única palabra que le importa, que busca vanamente entre todas las demás palabras: la palabra en cuyas sílabas se esconde la cifra de su propia muerte. No la fecha, sino la cifra, el enigma. Ese primer golpe de vista desde allí hacia aquí. En buscar esa palabra quema su vida.*

Si se me permite el juego de palabras, casi frívolo, va a resultar la muerte ocasión para acercarnos a versos inmortales. Muerte e inmortal, he ahí dos ideas contrapuestas, pero unidas. No nos avenimos a la idea de que la muerte sea definitiva. Pretendemos ser inmortales, y, de rechazo, nos asimos, sea mito o verdad, a la confianza en permanecer más allá de la pérdida de la corporeidad. Ahí coloca cada cual sus creencias religiosas. No voy a entrar en ellas. Solo me situaré desde una perspectiva sensorial y a veces reflexiva, que ni requiera ni contravenga el recurso de una u otra fe. La idea más modesta de inmortalidad es histórica y social, de este mundo, y se refiere a permanecer después en la memoria de los hombres. De ella habla **Milan Kundera**, en el distraimiento, más que novela, que precisamente titula "La inmortalidad". Otra inmortalidad más próxima

que la del alma, de tejas para abajo. Sería la permanencia del alma eternidad, si es inmortalidad el recuerdo que del finado queda en la memoria de los otros. Una pretenciosa denominación, contando con lo limitada que es toda evocación de esta clase, que se va diluyendo con el paso de las generaciones, hasta perderse en el total de los olvidos. Valga como inciso, que de alguna manera sería una muerte anticipada, social y antes de la corporal, el quedar cubierto por el olvido estando aún vivo. **Kundera** es irónico: no se queda en el recuerdo con fidelidad, como reflejo auténtico de la verdad, sino tal como los acontecimientos externos quieran imponerse. Al final, el recuerdo, cuando existe y mientras existe, es la imagen deformada de uno mismo, y, por mucho que en la distorsión se salga favorecido, ya no figura uno tal como fue. Como ya no se está presente para imponer los propios trazos de autenticidad, la imagen se mantiene a expensas del moldeamiento a que la someten los demás. Un inquietante asunto. Y, al final, ni eso queda. Muy suavemente, el poeta portugués **Carlos Lopes Pires**, anticipa la evanescencia del recuerdo en "Despois da minha morte": *De mí tendrás apenas unos cuantos recuerdos huídos, algo imprecisos, sobre como era, o qué pensaba, o qué hacía, o sobre mi manera de ser en general* (traducción propia del portugués). Más duramente dice "El libro del Eclesiastés": *No hay memoria de los antepasados, ni tampoco de los descendientes que vendrán habrá recuerdo entre los que existirán posteriormente, y sigue más adelante...porque no hay recuerdo del sabio ni del necio para siempre, pues ya en los días que vienen todo se olvida ¡Que a una mueren el sabio con el necio!*.

Pero uno es lo que es y no los que los demás dirán que fue. ¿Queda algo propio después de haberse dado tierra al cuerpo?. En su famoso soneto "Amor constante más allá de la muerte" **Francisco de Quevedo** se resiste a quedar en nada, y para ello no se remite a la huella dejada en la memoria ajena, ni aún al recibimiento que le pueda dispensar un Ser Supremo. Se afirma en lo que impregnará a su polvo residual el propio sentimiento, y rotundo asegura que sus restos

*...serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Para él, algo habrá que deje huella, al margen de las impresiones causadas en los demás. En contraposición, **Luis Cernuda** apunta un lugar exquisito y remoto en el conocido poema que comienza "Donde habite el olvido". Es un confín del ánimo, y no exactamente del alma, en que ya habrá dejado de existir, a diferencia de lo comprometido por **Quevedo**, la pasión, culpable de todo desasosiego:

*...donde el deseo no exista.
En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el
tormento.*

*.....
Donde penas y dichas no sean más que nombres
.....
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo.*

No parece que **Cernuda** quiera dar ocasión al rescoldo del amor sobre sus cenizas, suponemos aquí que dolido por su sexualidad estigmatizada en el medio social. Cualquier elusión le parece suficiente destino. Llegaría a ser la nada, pero, obviamente, no se puede habitar la nada. Algo habrá en ese sitio, pero ni el cuerpo ni las humanas pasiones del mundo conocido.

Aparte de esta radical introspección individual sobre el recóndito sentir del propio final, los poetas saben como nadie avivar el fuego de la emoción en torno a los otros ya fallecidos, alentar y mantener su presencia en su ausencia física. Alguno ni precisa para ello remitirse a profundas claves espirituales. Le basta el contexto socio-cultural para ser eficaz. Entonces se siente más encendido y entona el canto más bello cuando la muerte es menos natural, por temprana, por inesperada, por cruel o por absurda. La muerte en gesta

gloriosa ha inspirado versos notables. Famoso es el "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías" donde **Federico García Lorca** pregona con todos los arreboles de grandeza una muerte en lance taurino. El inspirador puede pertenecer a un medio ilustre, como cuando **Garcilaso de la Vega** consuela "Al Duque de Alba, en la muerte de Don Bernaldino de Toledo", que era el hermano menor de aquél. O bien un singular personaje, como el de los versos "A la muerte del poeta Juan Arolas", clérigo y poeta erótico, que en su tiempo gozó de gran fama, y que compuso **Angel María Dacarrete**. Pero no me ocuparé en este discurso de la versión más pomposa de la muerte, sino de la más sentida y callada, la de las gentes sencillas. Lo mismo que de la interpretación religiosa, me apartaré de la épica en favor de la lírica más intimista.

Los humildes también ofrecen motivos desgarradores. En la canción "Los mozos de Monleón", en el medio rural más anónimo es presentado a los padres, sobre un carro de bueyes prestado, el cadáver del hijo, destrozado por el toro en las fiestas del pueblo de al lado. La pérdida de un niño negro caribeño en la pluma de **Andrés Eloy Blanco** nos enternece. Su mamá Juana quiere pensarle como angelito en un cielo de plásticas tonalidades tropicales:

*Se me murió mi negrito;
Dios lo tendría dispuesto.
Ya lo tendrá colocao
como angelito del cielo.*

Pero, para mayor desconsuelo, la advierte el narrador que no consta que allí vayan negritos:

*Desengáñese comadre.
que no hay angelitos negros...*

No quedan las cosas en aviso tan cruel, porque el asunto enseguida se vuelve reproche contra los artífices de la imaginería religiosa, que no plasmaron su existencia. La voz de **Antonio Machín**

hizo bien conocido el principal fragmento de este sentido poema y su título: "Píntame angelitos negros". Naturalmente que el cielo debe acoger criaturas de todo color:

*...Si queda un pintor de santos,
si queda un pintor de cielos,
que haga el cielo de mi tierra,
con los tonos de mi pueblo;
con sus ángeles catires,
con sus ángeles trigueños,
con su ángel de perla fina,
con su ángel de medio pelo,
con sus angelitos negros,
que vayan comiendo mango,
por las barriadas del cielo...
.....*

*Así has de pintar tu cielo,
con su sol que tuesta blancos,
con su sol que suda negros....*

¿Cómo consolar mejor a la pobre mamá, desolada por la prematura pérdida de su hijito?. **Marcos Rafael Blanco-Belmonte** narra el fin y la esperanza de otro pobre niño, el de "El violín de Yanko". Vibra la criatura con la música sin tener instrumento con que interpretarla, y cuando se hace con uno, en una secuencia, si bien poco verosímil y en exceso melodramática, ha de perder la vida. Pero antes, en la agonía se despide con esta armoniosa melodía:

*...Madre, la selva canta,
y canta el bosque, y canta la llanura,
y el roble que a las nubes se levanta,
y la flor que se dobla en la espesura,
y las alondras al tender el vuelo,
y las hierbas que bordan el barranco.*

Para al fin implorar:

*...¿Verdad, mamita, que en el cielo
Dios le dará un violín al pobre Yanko?*

¿Se lo dará?. Nada tan grato promete **Gustavo Adolfo de Bécquer** a la niña de "Cerraron sus ojos", después de describir su lúgubre ritual funerario. El poema, de factura fría y distante, más propia de un pragmático positivista que de un apasionado romántico, se resume en un solo y conocido verso:

Qué solos se quedan los muertos!.

Y concluye sin presagios más tranquilizadores que éstos:

*En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
con un son eterno;
Allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco
acaso de frío
se hielan sus huesos!*

Al entrar en estas suposiciones encona la desgracia con tintes estremecedores. Más cáustico poeta simula ser **León Felipe**. En "Qué lástima!" comienza con una larga declaración sobre la carencia de bagage con la que nutrir su épica. Así que sibilinamente y con

palabras llanas, nos conduce hacia la lírica. Se basta con el acontecimiento del paso de gentes sencillas ante la ventana de la sala del piso bajo en que se hospeda. Como...

...esa niña que va a la escuela de tan mala gana.

Esa niña que...

*...hace un alto en mi ventana
siempre y se queda a los cristales pegada
como si fuese una estampa.*

Y acto seguido nos espeta, de improviso:

*Pobre niña! Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia la escuela de muy mala gana,
ni se para
en mi ventana,
ni se queda en los cristales pegada.
Que un día se puso mala,
muy mala,
y otro día doblaron por ella a muerto las campanas.
y una tarde muy clara,
por esta calle tan ancha,
al través de la ventana,
ví como se la llevaban
en una caja muy blanca...
En una caja
muy blanca
que tenía un cristalito en la tapa.
Por aquel cristal se la veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana...*

Lo dice, no entra en sensiblerías ni en tétricos arrebatos y al final se excusa con que como no tiene mayores glorias que contar,

...venga, forzado, a contar cosas de tan poca importancia.

Socarronería y casi desprecio contra las grandes epopeyas, para pasaje de comienzo tan bonancible. La muerte de una criatura que iba al colegio de mala gana y que por el azar de pasar ante el mirador de un gran poeta queda impresa en la historia literaria. El poeta implica, como símbolo, a esa sencilla persona sin que ella lo sepa, y la saca del anonimato. Pero él se mantiene en la distancia y ni siquiera aventura alguna significación a esa muerte. El lector pondrá el resto.

En el mayor desamparado, **José Hierro** narra descarnadamente en "Requiem" la muerte lejana y anodina de un español emigrado, no como los de otros tiempos para ir a conquistar el mundo, sino para ganarse el salario de la subsistencia. Ocurre un accidente de trabajo. La desolación en la gran urbe se refuerza con el premeditado prosaismo del verbo:

*...Me he limitado
a reflejar aquí una esquila
de un periódico de New York.
Objetivamente, sin vuelo
en el verso. Objetivamente.
Un español como millones
de españoles. No he dicho a nadie
que estuve a punto de llorar.*

Al final hace una declaración a favor de quienes les tocó la vida y la muerte más desangelada. Aún más seco es el texto de **Angel Crespo** "Un vaso de agua para la madre de Juan Alcalde", que nos abandona con la atónita estupefacción de la pobre madre que perdió un hijo, a la que se le dedica:

*...Porque tú estabas quieta en una silla
sin pronunciar un verbo
y con gesto de no importarte nada...*

El sinsentido deja sin sentido a la madre. Otras veces estalla la rabia del afligido por el incommensurable dolor. **Jiménez Lozano** en el brevísimo cuento "El padrenuestro", del libro "El santo de mayo", nos presenta un pobre labrador ya demasiado apaleado por mil desgracias precedentes, ahora ante el cadáver del hijo atropellado por el tractor. Alguien le quiere consolar y alude a la otra vida. Con comprensible ira replica: ... *¿Es que todavía habrá otra vida además de ésta? No, ya está bien así.*

La descripción de la muerte adquiere una lógica mayor intensidad lírica cuando se produce entre enamorados. Las conmociones anímicas producidas por el amor y la muerte, "Eros y Tánatos", constituyen los tópicos primeros de psicoanalistas y poetas. Aún en prosa, el romántico **Chateaubriand** alcanza altas cotas de lirismo y delicadeza al narrar la agonía y los solitarios funerales de la ingenua **Atala**, todo aderezado de contrapuestas impresiones de frustración amorosa, sacrificio innecesario, sensualidad y rudeza y un desconcertante sentido religioso. Y todo ello cuando el autor, que habla a través de los personajes, aparentemente no se implica. Sí lo hace **Miguel Hernández** en "Muerte nupcial", que con un sentido parecido al del "polvo enamorado" de **Quevedo**, afirma lo que quedará después de la pasión:

*...Espiramos del todo. Que absoluto portento!
Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,
desplegados los ojos hacia arriba un momento,
y al momento hacia abajo con los ojos desplegados!
.....
Pero no moriremos. Fue tan cálidamente
consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos. Somos plena simiente.
Y la muerte ha quedado, con los dos fecundada.*

Un caso bastante singular es que la muerte tenga un significado para alguien que el fallecido, cuando estaba vivo, no podía suponer. Se impone a un superviviente enigmática y secretamente como pérdida de toda esperanza y camino de renunciación. Este sentido, que en el fondo es un contrasentido, es el que refiere **Miguel Ramos Carrión** en "El seminarista de los ojos negros". La huella de un amor, ya en vida inaccesible, cuando, además, fallece prematura e impensadamente, acompañará el lento declinar de los años de la que, antes joven, se prendió de él. La deja ensimismada e incapaz de admitir otro querer, a pesar de que se enamoró sin intercambiar palabra de quien, por razón de estado, no podrá ser suyo. Al ver pasar ante sí el féretro de su cadáver, se la vuelve imposible lo que era dificultad. A partir de entonces su cimentado amor se enroca en el recuerdo hasta convertirla en la viuda más fiel e incógnita. Objetivamente, un absurdo sostenido por los inescrutables entresijos del alma humana.

Más frecuente es que el mismo poeta nos desvele el estar sentimental y directamente vinculado con la persona perdida. Refleja el clima más cálidamente emotivo cuando a ésta le une el amor. **Amado Nervo**, tuvo dos vertiginosas conmociones en su existencia que vinieron a decidir su lírica. Fue la primera su unión a una, al parecer, exquisita francesa y la siguiente su posterior pérdida. Tras el segundo suceso, en "Gratia plena" recorre ambos vuelcos emocionales. Nos hace partícipes del encanto de su amada que:

*Era llena de gracia, como el Avemaría.
Quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!*

Y confiesa:

Cuanto, cuanto la quise! Por diez años fue mía!

Para estoicamente admitir:

Pero flores tan bellas nunca pueden durar!

.....

*Y a la fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió...como gota que se vuelve a la mar.*

Nunca poeta tan enamorado mostró tanta resignación. Otro modernista hispanoamericano, **José Asunción Silva**, en "Nocturno", no se lo toma con tanta tranquilidad. No quiere dejar a la amada en paz y se hace acompañar por su sombra, creando a base de reiteraciones un agitado clima en *una noche*, en la que la propia sombra y la de la amada se juntaban *y eran una, y eran una sombra larga*. Pero en otros momentos se duele de la separación:

*Esta noche
solo: el alma
llena de infinitas amarguras
y agonías de la muerte
separada por tí misma, por el tiempo,
por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...*

Y es entonces cuando la *sombra esbelta y ágil / fina y lánguida* de la amada se acercó a la del vate:

*Se acercó y marchó con ella...Oh, las sombras enlazadas!
Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las
almas!
Oh, las sombras que se buscan en las noches de tristezas y lágrimas!*

En el poema de **Nervo** el protagonista es la amada. En el de **Silva** ésta no sale de una nebulosa y lo que le preside es la propia melancolía del poeta. Late en ambos una plástica modernista e hispanoamericana de gran vistosidad. Y, además, en los versos de **José Asunción Silva** un patetismo fantasmagórico que como paisaje recuerda el "Pedro Páramo" de **Juan Rulfo**, en el que los cadáveres revolotean

entre la realidad y la ensoñación, y, hábilmente movidos por el autor, perpetran actos para desconcierto del lector. El medio tropical parece propicio a los rebrotes de presencia de los que, estando ya muertos, no andan del todo desaparecidos. Es la atmósfera de buena parte de la narrativa hispanoamericana, profusamente desarrollada en la últimas décadas del siglo XX. Un tercer modernista, **José Martí**, se presenta así:

*Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
la que se murió de amor.*

Cuento que pasa a ser historia real por él vivida cuando dice que *la enterramos / en una caja de seda*. El hecho situacional del enterramiento parece muy inspirador. También lo había sido para Ramos Carrión, Bécquer y León Felipe. En este otro relato, Martí dice que *ella se murió de amor, porque él volvió, volvió casado*:

*...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer,
ella murió de amor.
.....
...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.*

El poeta sabe lo que nadie más sabe. Y además sentía algo especial por ella:

...la frente que más he amado en mi vida.

En pocas palabras el poeta se ha declarado presente, conocedor del destino y amador de la joven muerta. No hay lugar para otras

disgresiones sentimentales y a todo lo envuelve la imprecisión. Pero daremos más datos sobre este sospechado suicidio. La niña de Guatemala vivió con el nombre de María García Granados. Para su infortunio, se enamoró en 1887 de un joven cubano y murió poco tiempo después de saber que cuando ya se habían conocido, al galán le había faltado tiempo para casarse con la también cubana Carmen Zayas Bazán. Ya se habrá adivinado que el disputado amante no es otro que el mismo **José Martí**. Acaso disculpa que no sea éste más explícito el hecho de que cuando compone el poema ya estaba unido a la otra mujer. Ese relativo despego y los enigmáticos sobreentendidos, sin embargo, hacen más bella la composición. **Nervo** es fiel a la amada hasta más allá de la muerte ella y su fidelidad le sirve como hilo conductor de un sosegado flujo vital. No es el caso de **Martí**. Este, por otra parte idealista revolucionario, vivió en la aventura. Más que temer a la muerte le importaba que tuviera fundamento. Y como era de esperar murió joven y violentamente. Un tanto inquietante viene a ser el que de la niña de Guatemala, la que murió de amor, nos llegue noticia precisamente a través del bello homenaje de quien defraudó su amor y fuese causa indirecta de su fin aciago.

Con otra sensibilidad más actual, avanzado el siglo XX, el postsurrealista **Juan Eduardo Cirilot** compone un poema extraño, como todos los suyos, llamado "Susan Lennox". El está impávido, casi anómico, y atenazado en lo profundo por un poso de amargura, que emerge en obsesivas sensaciones e imágenes reiterativas. De entrada se sitúa y luego incesantemente repetirá:

*Aquí estoy en un bar, bebiendo vino
como otras tantas tardes. La tristeza,
la tristeza de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas, me acompaña.*

Desde este ambiente desolado evoca otro lugar más exótico, pero no menos sórdido. Entre ambos, vaga su despego anímico:

Da lo mismo.

*Las horas que han pasado no me importan,
no me importan las horas ni los días...*

.....
No sé que me sucede.

Pero sí lo sabrá. En el poema, muy largo, al fin se dirá de forma escueta y como de pasada. En el medio rememorado, al parecer un cabaret, entre mujeres entregadas a las fiestas más tristes de la tierra, emerge Susana, un recuerdo de amor...asido a mi memoria. Ya al final casi nos induce a sospechar su pérdida: *Susana se llamaba*, y nos permite adivinar su sino ligado a un destino fatal y previsible. Ahora, que le falta la música de jazz, siente como un sonido de muerte. Nada más. Después de muchas palabras, lo dicho, dicho queda en los silencios. (*)

Los poetas también se duelen de la muerte de los amigos. **Garcilaso de la Vega** encontró en 1536 una muerte heroica en el campo de batalla. **Juan Boscán**, su amigo, le dedica el soneto "Garcilaso, que al bien siempre aspirastes", que concluye:

*Bien pienso yo que si poder tuvieras
de mudar algo lo que está ordenado
en tal caso de mí no te olvidarás.*

*Que, o quisieras honrarme con tu lado,
o, a lo menos, de mí te despidieras
o si esto no, después por mí tornarás.*

A la muerte violenta y desgarradora del afín dedica **Miguel Hernández** dos imprecaciones brillantes de imágenes. La muerte estuvo siempre cerca de este autor traída de la mano de la guerra civil española. Se lo dice al final de su "Elegía primera" a **García Lorca**, ya víctima éste de la garra de la violencia: *Tú sabes, Federico García Lorca, que soy de los que gozan una muerte diaria*. En este extenso poema se queja:

*...Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.*

Si cabe, aún con más fuerza retumba el clamor en la "Elegía" dedicada a su paisano y amigo **Ramón Sijé**:

*...No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta:
no perdono a la tierra y a la nada.*

En un ejercicio de voluntarismo, se resiste a la separación y conmina al reencuentro:

*...A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

En otras ocasiones el sitio de los versos se reserva al padre o la madre desaparecidos. Singular y patético es el coloquio sordo que dos poetas de nuestro siglo, padre e hijo, establecen a propósito de la muerte del primero de ellos. Este, **Leopoldo Panero**, había dejado escrito a modo de epitafio:

*He muerto acribillado por los besos de los hijos, absuelto
por los ojos más dulcemente azules...el poeta Leopoldo Panero.*

Una vez muerto, su vida fue implacablemente disecada y expuesta por su viuda e hijos bajo los inmisericordes focos de la película "El desencanto", de **Jaime Chávarri**. Los hijos también tendrán vocaciones literarias, hartamente tormentosas. Uno de ellos, **Leopoldo María Panero**, años después, responderá a aquel epitafio del padre en "Glosa de un epitafio (carta al padre)" con estas estremecedoras palabras:

Solos, tú y yo, e irremediabilmente unidos por la muerte

cuando

Tus pasos repiten el eco de los míos

Pero tan solos!

Muy diferente es la mención que **José Luis Giménez Lago** hace de su padre fallecido, en el poema inicialmente escrito en gallego, y luego publicado en 20 idiomas, "No quiero el Dios que me dieron". Me explicó su autor, en la penumbra de una cafetería salmantina, que lo concibió a causa del ejemplo dado por el padre, un hombre eminentemente bueno que mantuvo sus convicciones hasta el final, incluso cuando el cura, que quedó viva y favorablemente impresionado, intentó atraerle hacia las creencias oficialmente imperantes. El mensaje consiste en que, de existir Dios, habría de ser aún mejor que el padre, solo hombre a fin de cuentas, y, por tanto, debía ser un Dios poco parecido al dios de dura norma tan predicado.

José Agustín Goytisolo compone en dos libros sus "Elegías a Julia Gay", que es su madre. Poco tiempo tuvo de conocerla, pues ella pierde la vida en el transcurso de un bombardeo en la guerra civil española, cuando él tiene 10 años. Pesa más el contexto, con su carga de vacío, que la descripción de la finada, por lo que emerge la amargura por lo que ésta debió ser y no pudo ser. En el primer libro, "El retorno" (1955), en "Mujer de muerte", resuena así el grito sin sonido:

*... porque escucho el sonido falso de mi moneda
al chocar contra el mármol
de tu terrible ausencia
te amo mujer de muerte.
Ah, lo que hubieras sido!*

En el segundo libro, "Final de un adiós" (1984) casi treinta años después, en "Es como el eco", persiste la carencia:

*Si golpeas la puerta de una casa vacía
el muro te responde.
Si señalas el rastro de una perdiz herida
el perro la trae.
Pero si hablas con alguien que no existe
tu voz es como el eco
perdiéndose en los montes.*

Si bien buena parte de literatura se ha hecho con el recuerdo, aquí el dolor sentido llega troquelado por la orfandad impuesta y, en consecuencia, más bien por la amputación del recuerdo.

Hasta aquí unas muestras del efecto causado por las muertes de otras personas, muchas veces intensamente ligadas al poeta. Pero éste también se ha hecho eco del acontecimiento de forma más impersonal y, en suma, por la parte que le ha de tocar. **César Vallejo** vaticina su propia muerte en "Piedra negra sobre piedra blanca" (1922), con causticidad y precisión, un jueves lluvioso ("con aguacero") y en París. En París murió, estando de viaje y en activismo político, 16 años después, el 15 de abril de 1938. Con dulzura acepta su ida **Juan Ramón Jiménez**, en estos delicados versos:

*Y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando
y se quedará mi huerto con su verde árbol
y con su pozo blanco.
Todas las tardes el cielo será azul y plácido
y tocarán como esta tarde están tocando
las esquilas del campanario.
Se morirán los que me amaron
y el pueblo se hará nuevo cada año
y lejos del bullicio distinto, sordo, raro
del domingo cerrado, del coche de las cinco,
de las barcas del baño, en el rincón oculto de
mi huerto encalado; entre la flor,
mi espíritu errará callando.
Y yo me iré y seré otro; sin hogar,*

*sin árbol verde, sin pozo blanco, sin cielo azul
y plácido. Y se quedarán los pájaros cantando.*

Así veía **Juan Ramón** su propio desenlace. Pero nada tiene que ver este instante vital suyo, con la profunda melancolía que le produjo la de su ser más amado, su compañera **Zenobia Camprubí**. Sucedida semanas antes del acto solemne de entrega del Premio Nobel de Literatura, excusó su ausencia y delegó la recogida en el Rector de la Universidad de Puerto Rico haciéndole portador solo de una escueta nota en que solo da razón de su profundo duelo. El vallisoletano **Profesor Olegario Ortiz** ha transcrito estos versos de **Ismael**, un médico que se sentía, joven aún, con la muerte agarrada a las entrañas:

*Por este camino voy
de tropiezos inconsciente
y aunque cayéndome estoy
busco anhelante, siempre
el sendero del verdor
que me guía hacia la fuente
en cuyas aguas de amor
pueda yo mojar mi frente
y saciar mi corazón.
Que con sed de amor se muere!.*

También prematuramente desapareció **José Luis Hidalgo**, y con insistencia se ocupó del trance final en el libro "Los muertos", que gana el Premio Adonais en 1947, el año en que fallece a los 28 años. En "Muerte" se preguntaba y después, con la muerte ¿qué ganamos, la eterna paz o la eterna borrasca?. La respuesta estaba clara para **Santa Teresa de Jesús**, que, arrebatada de misticismo, enuncia:

*Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero...
Ay, qué larga es esta vida!*

*Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros...*

.....

*Quiero muriendo alcanzarle
pues a El solo es al que quiero
que muero porque no muero.*

Miguel de Unamuno, sin alcanzar las cotas de entrega confiada de la abulense, algo se la aproxima cuando en el "Salmo I" escribe:

*Erramos sin ventura,
sin sosiego y sin norte,
perdidos en un mundo de tinieblas,
con los pies destrozados,
manando sangre,
desfallecido el pecho,
y en él el corazón pidiendo muerte.
Tú me abrirás la puerta cuando muera,
la puerta de la muerte,
y entonces la verdad veré de lleno,
sabré si Tú eres
o dormiré en tu tumba.*

El mismo **Unamuno**, en "Ultimo poema" dejó dicho, casi copiando a **Calderón**:

*Morir soñando, sí, mas si se sueña
morir la muerte es sueño.*

Por contra, **Victoriano Crémer**, en "Antonio Machado para morir", de "La escondida senda", se lamenta:

...Tanto/ peso en el alma para morir perdido!

El mismo **Crémer** también dedica su ironía desmitificadora a **Dámaso Alonso**, en "Los miedos de Dámaso", descendiendo a estas consideraciones:

*...Ah, pobre Dámaso!...Tú, el más miserable
dime
si en el profundo seno de la tierra sientes
la alucinación de los insectos
que poblaban tu alma y confundías
con alevosos monstruos...*

Posiblemente Crémer no habla para Dámaso, sino para sí. Apareta trivializar sobre lo que después de muerto sucederá. Pero quiere, en el fondo, espantar la trascendencia que le acongoja. Se podría contestar a **Crémer**, con esta réplica del libro "Tantas devastaciones" de **José Jiménez Lozano**, también de orden credencial en un autor exento de toda beatería:

*¿Porqué te inquieta el frío,
el cardo, o los mustélidos
de tu sepulcro? ¿Acaso
estarás en él?...*
.....
*¿Cómo te dejará tu Cristo
solo y amargo bajo tierra,
si El ya probó este acíbar
por tí, crucificado y muerto?
¿Cómo se callará sin decirte:
ya puse el reloj muy de mañana,
verás que hermosa, con su enredadera,
su desván y el cerezo gigante,
el río y los abedules, la otra casa?*

Sin claves religiosas, ha sido calificado **Francisco Brines** como el poeta elegíaco mayor del momento presente español. El crítico **Jorge Manrique** en "Mundo abreviado" dice que la suya es *poesía*

póstuma de un poeta vivo e incesante despedida. Se atiene a una previa renunciación que aboca a un agnóstico estoicismo que roza el epicureísmo. En los versos, que, dando además nombre a todo un poemario, titula "La última costa", describe la partida hacia ese destino con la concreta imagen de una barca que despega hacia una mar en niebla...aquella bruma cerrada sin firmamento ya. Entonces...

...todo estaba dispuesto.

*La niebla, aún más cerrada,
exigía partir. Yo tenía los ojos velados por las lágrimas.
Dispusimos los remos desgastados
y como esclavos, mudos,
empujamos aquellas aguas negras.*

.....

...en el viaje aquel de todos a la niebla.

A **Francisco Brines** dedica **Carlos Bousoño** todo el libro "Las monedas contra la losa", un título que suena como el ya citado verso de **J.A. Goytisolo**, *...el sonido falso de mi moneda al chocar contra el mármol...*, nada extraño cuando estamos ante poetas de la misma generación. En el poema de **Bousoño** que presta título al citado libro, se advierte:

*Que están contados los latidos de tu corazón, las acacias en flor,
las margaritas de la primavera, los llantos
sepulcrales; contadas en la oscuridad
y sonadas contra la losa, en minuciosa comprobación,
las monedas de tu vivir, una a una...*

A fin de cuentas un hecho ya sentenciado por **Séneca**, cuando enuncia que *la vida entera del hombre no es otra cosa que un camino hacia la muerte* ("Consolatio ad Polybium", 11, 2), y que *nadie muere sino en su propio día* ("Epístola a Lucilio". LXIX, 6). Por otra parte puede que no sea tanta tragedia morir por cuanto que la vida es más valle de lágrimas que de rosas. Ya lo dejó sentado nuestro clásico **Jorge Manrique**:

*Oh, mundo! Pues que nos matas,
fuera la vida que diste
toda la vida;
mas según aquí nos tratas,
lo mejor y menos triste
es la partida
de tu vida, tan cubierta
de tristezas y dolores,
despoblada;
de los bienes tan desierta,
de placeres y dulzores
despojada.*

Shakespeare se atrevió a definir la vida como...una historia sin sentido contada por un idiota lleno de ruido y de furia (Macbeth,v.i.16). Un desagradable asunto que lleva a **Blas de Otero** a lamentarse en el soneto "Hombre" :

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.
Oh, Dios. Si he de morir quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuando
oirás mi voz. Oh, Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.
Alzo la mano, y tú me la cercanas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo y sal se vuelven tus arenas.
Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser -y no ser- eternos, fugitivos.
Angel con alas de cadenas!.*

Formula parecida queja **Jiménez Lozano** cuando en "La mano izquierda de Dios" pregunta por el sentido de esa mano que la nada

crea y a la derecha contradice. Ante tanto desasosiego y la ausencia de razón que ofrece la vida, las palabras de **Epicuro**, en la "Carta a Meneceo" (Diógenes Laercio. Vitae Philosophorum, X, 125) adquieren algún sentido: *La muerte nada es para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es privación de los sentidos. Por lo cual el recto conocimiento de que la muerte nada es para nosotros hace dichosa la mortalidad de la vida, no porque añade una temporalidad infinita, sino porque elimina el ansia de inmortalidad. Nada temible hay, en efecto en el vivir para quien ha comprendido realmente que nada temible hay en el no vivir. De suerte que es necio quien dice temer la muerte, no porque cuando se presente haga sufrir, sino porque hace sufrir en su demora. En efecto, aquello que con su presencia no perturba, en vano aflige con su espera. Así pues, el más temible de los males, la muerte, no es nada para nosotros, porque cuando nosotros somos, la muerte no está presente y, cuando la muerte está presente, entonces ya no somos.*

En su alusión constante a la partida definitiva, **Brines** viene conjurando el terror al hecho innombrable de la muerte (es palabra que elude) y, dado que carece de evidencia de que sea continuación del purgatorio de acá, se place en una propuesta serena, de estoico, de aceptación. Por ese discurrir, **Bousoño** encuentra recomendable un apartamiento del tráfigo de la vida, cuando concluye en "Las monedas contra la losa":

*No llores, pues tus lágrimas
una a una, contadas han de estar. No sueñes, no acaricies,
no mudes, no desdigas,
no propicies,
no cantes.
Ni siquiera susurres como un río o un viento
en el atardecer de un junio lento y lánguido.*

Carlos Lopes Pires enseña toda una lección de despego cuando en la presentación de su "O livro de pó" dice que *amé las cosas discretamente, para que un día, al cerrar los ojos, no se notase la*

diferencia (traducción libre propia del portugués). **Manuel Machado**, un apacible gozador de la vida, nos presenta la muerte como un dulce descanso, que acepta melancólico y resignado. En "Morir, dormir" se mece en esta sugestión:

- *Hijo, para descansar
es necesario,
no pensar,
no sentir,
no soñar...*
- *Madre, para descansar
morir...*

Y en "Ars moriendi" confiesa:

*...Dichoso es el que olvida
el porqué del viaje,
y en la estrella, en la flor, en el celaje,
deja su alma prendida.
.....
Lleno estoy de sospechas de verdades
que no me sirven ya para la vida,
pero que me preparan dulcemente
a bien morir.*

Lucano, en "Farsalia" (IV, 517-520) expone que solo a aquéllos que están en el umbral de la muerte, les es dado conocer la felicidad del morir que los dioses ocultan a los que aún vivirán para que duren. Una notoria exageración que desmiente la tribulación que, al menos hoy día, vemos que rodea a los que se sienten morir. "El libro del Eclesiastés" aún se significa con mayor dureza cuando dice...y proclamé más felices a los muertos que ya fenecieron que los vivos que viven todavía y mejor que entrambos a los que aún no han sido, al que no ha visto las malas obras que se hacen bajo el sol. Lo mismo que **Heinrich Heine**, cuando en "Morphine" expone:

*Dormir es bueno, la muerte es mejor
pero lo óptimo habría sido no haber nacido.*

Para **Brines** abandonar la vida acaso no sea total desacierto. En "Métodos de conocimiento" describe un suicidio joven, apeándose del vértigo de los placeres, de quien supo escoger con tino más certero: *aquél que en un rincón, dando a todo la espalda, llevó a sus frescos labios una taza de barro con veneno. Y brindando a la nada se apresuró en las sombras.*

En todo este pensamiento late el estoicismo, resumido en ese catecismo que es el "Enquiridion" de **Epicteto**, por cierto llevado al verso castellano por **Quevedo**. Con ese conformar, **Brines** se atiene al mejor disfrute de lo disponible con un regocijo a veces epicúreo, a veces desgarrado. Estará para él la vida compuesta de momentos de goce tal cual se nos presentan, a los que no hay que aferrarse pues nuestro control sobre ellos es casi inexistente. Lo que no impide que **Bousoño**, también a **Brines**, en "Oda en la ceniza" le implore:

*...Dame la mano y no me dejes caer
como tú mismo,
como yo mismo,
en el hueco atroz de las sombras.*

Un planteamiento menos desesperado que los antes referidos. Y que abre la puerta a un sentido esperanzador, el de vivir en la ayuda. **Antonio Gala**, así se identifica con un pasar por la vida como "solitario solidario". **José Agustín Goytisolo**, en "Palabras para Julia" lo expresa de forma paladina:

*Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto
que es un asunto desgraciado.
Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en tí como ahora pienso.*

*Un hombre solo una mujer
así tomados de uno en uno
son como polvo no son nada.*

.....

*Tu destino está en los demás
tu futuro es tu propia vida
tu dignidad es la de todos...*

Se reclama vivir mucho, prolongadamente, pretendiendo ignorar que la acechancia de la muerte es el más real de los hechos. Y además, se quiere vivir bien, entendiendo por tal el gastar ávidamente. Pero ¿somos con ello más felices?. Posiblemente el secreto de vivir bien, sea el de vivir gozando, siempre y cuando caigamos en la cuenta que todo gozo de vivir pasa por el amor, en todas sus formas, en todas sus orientaciones, a los otros seres humanos y hasta a los elementos de la naturaleza. Antes que nada pasa por el amor como entrega, el que nos lleva a consumir la vida. Así solo es respetable la rabia y la rebeldía por quien no tiene la oportunidad de consumir, que no consumir, cabalmente la vida. Por contra habrá que moderar el grito sensiblero y patético, cada vez más repetido y estridente, de quien esgrime un aferramiento egoísta al subsistir. ¿Qué tal si para empezar cambiamos el orden de la conocida desiderata "salud, dinero y amor", por la de "amor, salud y dinero"?.**

Si sirve lo dicho habremos dado en la diana para mantenerse en el trayecto. Aún quedaría por discernir sobre un punto de entendimiento común sobre el destino final. Apuntando en ese sentido, los versos de **Brines** encierran preguntas y ofrecen respuestas de alcance metafísico. En "Desde el error" reflexiona:

*...La nada: un imposible;
el error: un misterio.*

.....

*...No hay después de la nada,
ni en el olvido hay antes.*

.....

...entre la nada y el olvido, nadie.

¿En esta obviedad se encierra la necesidad de un más allá, pues hay un más acá? ¿El territorio final que reclama **Cernuda** es más que la nada? ¿Es imposible el olvido si es que hay un antes?. En "Los sinónimos" **Brines** continúa:

*Más allá de la luz está la sombra,
y detrás de la sombra no hay luz
ni sombra. Ni sonidos, ni silencio.
Llámale eternidad, o Dios, o infierno.
O no le llames nada.
Como si nada hubiera sucedido.*

Algo nos resulta asequible, pero se nos escurre entre los dedos como el agua con la que quisiéramos moldear una concreción sólida. He querido definirlo en "La transparencia no es de aquí", hasta donde he podido, con las limitadas herramientas de mi leguaje:

*Difuminado en la distancia
sin culpas.
Poseído por la luz
sin tinieblas.
Recreado de sensación
sin dolor.
Sin angustia
en el punto final
sin dimensión.
Me explico:
tan cerca de la nada
como de lo eterno.
Sin llegar ni perecer
por carencia de espacio.
Allí, que no es allí
porque no es lugar,
entonces, que no es entonces,*

*porque no es tiempo.
Ni dimensión para la pena
ni ansia de algo,
porque es todo y nada.
Qué lejos de miserias,
de prisas, de necesidad!
Como oír los pájaros cantar,
como un salmo entonado
por voces diáfanas,
como un cielo tibio de humedad,
como un cielo nítido y claro
sentido cerca y lejos
desde una colina sosegada,
como una liturgia amable,
como la liberación,
eso tan de aquí
que acaso en un instante
fugaz como una lágrima
nos consuela por un tiempo.
Eso tan de aquí
es el más allá.
La transparencia,
la desnuda gracia!
Eso, en todo, en más.*

Lo pensé desposeído de doctrina, en un velatorio conventual, aún sonándome la melodía de los salmos entonados por las por muchos años compañeras, testigos de larga agonía de la difunta. Interpreto que su relativo alejamiento de los usos habituales del mundo permitió su aceptación con paz y serenidad. Lo pensé entonces y creo que me servirá para cuando, como a cualquier otra persona, los fantasmas de la incertidumbre se me presenten en las horas de sombra. Otro asunto, otra visión, del pavor o la tragedia, no entra en mis cálculos.

(*) Bastante tiempo después ha sabido el autor que Susan Lennox fue un desgarrado personaje cinematográfico de una película de igual título de 1931, interpretado nada menos que por Greta Garbo. Fascinación convertida magia escrita y musical, en la reiteración del ritmo de jazz. El poeta era músico.

(**) Años después se ha visto que el orden de preferencias ha colocado primero al amor. Así nos va, y angustian los medios con que peor puede ser. Nota del 2010.